

1.

La lluvia impregnada de química, y amarilla como la orina de un enfermo resbala en gotas suicidas, gordas y pesadas por el gris oscuro de los edificios. Al otro lado, cruzado el nudo imposible de las autopistas, en pleno centro de negocios, las cúpulas cubren todo el cielo y son limpiadas a diario por un pequeño ejército de oficinistas obedientes. Aquí nadie se ocupa de ellas ni de nosotros: las cúpulas desaparecieron apedreadas con maniática precisión por Los Herederos de la Vida Auténtica hasta borrarlas del cielo, y ahora el frío y la lluvia nos golpean con saña para recordarnos que no podemos controlarlo todo.

Pero no importa, al final sólo es lluvia, una lluvia enferma. Abro los brazos y la recibo sobre mi rostro demasiado perdido en mi mismo para fijarme en la estela plateada de un BMW cruzando la cortina de agua con su quilla de barco de lujo. Dentro habrá tres tipos, sé como funcionan. Dos de ellos hechos a medida de sus trajes oscuros con la arrogancia de una pieza prefabricada, y el otro, el que debe preocuparme, vestido con ropa deportiva y apurado hasta arriba de potenciadores, listo para la caza. No quiero decepcionarte, así que me lanzo a los estrechos callejones como si me azuzase el mismísimo Satanás.

Los minutos siguientes son un montaje de planos cortos que acaban con mi cara aplastada sobre el asfalto mojado y una pistola que zumba a carga máxima sobre mi nuca. No te muevas, me grita desde las alturas poniendo una rodilla sobre mi espalda, aunque eso, el moverme, se encuentre a años de luz de mis pensamientos *¿Te creías más rápido que yo?* Habla con el acento de los barrios del norte, haciendo inflexión en las aes y con el tono preciso de voz. Se nota que ha leído el manual; buen chico, no quieres decepcionar a tus amos ¿verdad? *¿Dónde coño lo has metido?* Ahora tu voz ha subido una octava, y no puedo evitar sonreír, porque eso sólo puede significar una cosa: no lo habéis encontrado. Los otros chicos, los de las camisas horteras y la tecnología, el software, han husmeado en la Red sin éxito, y te han tenido que mandar a ti, pobre imbécil, el hardware, para solucionarlo todo.

¿Te has equivocado de tipo, imbécil? Improviso sobre la marcha. Tus amos te están poniendo a prueba *¿Sabes? Y ahora estás perdiendo muchos puntos a sus ojos.* No es gran cosa, pero suficiente para notar la duda colgando en la otra punta del arma como un trasto inútil. Es lo malo de estos chicos, han oído demasiadas historias y tienen demasiado que perder como para permitirse decepcionar a sus amos. Aparta el arma unos centímetros y me gira para comprobar si es mi cara la que busca. Apenas un instante, una gota de lluvia que se cuele a través de sus gafas oscuras, y mis manos que se lanzan sobre su cuello sin tiempo para reaccionar. Es mi grito el que cubre el callejón cuando siento las agujas desgarrando mi carne mientras se lanzan desde mis muñecas directas hacia su cuello, anhelando entrar en el torrente sanguíneo. Le veo ahí, clavado como un insecto delante de mí, y siento como poco a poco

va entrando en un ciclo sin salida...

...primero te paraliza por completo mientras tu cerebro intenta ordenar al cuerpo que se mueva, que dispare, que haga algo, pero nadie responde al otro lado. ..

...Luego son tus pulmones los que dejan de llevar aire...

... y al final, justo al final, tus ojos delatan que ves la muerte cruzando por ellos.

Siempre es así.

Dejo el cadáver en el suelo y me alejo dejando tras de mí un reguero de sangre que brota de mis muñecas; duele demasiado para intentar tapar la hemorragia, duele como duele siempre, duele como la primera vez, duele como nunca quise imaginar.

Es un implante anticuado, me lo han dicho muchas veces, tecnología obsoleta de hace diez años. Podrían ponerme piel sintética a lo largo del brazo y matar el nervio. Así, dicen, las agujas podrían brotar sin dolor de mis entrañas. Quizás sea cierto, pero ese es un paso que no quiero dar porque ese dolor es la delgada frontera que me permite ser mejor que aquellos a quienes afirmo odiar.

Ellos no pueden entenderlo, necesito que algo mío quede al lado de cada cuerpo tendido en el asfalto. Si dejase de sentirlo, si no lo perdiese, el arrebatarse una vida pasaría a ser pura rutina, y eso me alejaría aún más del humano que fui.

Soy el fuego, soy el miedo, soy la soledad.

2.

Aquella noche decidiste llamarme Allison, una encantadora niña atraída por los hologramas imitando el neón de la gran ciudad. Cada uno bailando en medio de la noche como una vela de cumpleaños esperando tu llegada para cumplir todos tus sueños.

Cuando los curtidos hombres de negocios escuchaban tu triste historia se apresuraban a componer las mejores poses mientras lucían sus implantes como reclamo. Las pieles sintéticas recién traídas de Dublín y las pupilas de formas extrañas reflejando las botellas del mostrador, eran expuestas con obscenidad para que pudieses asombrarte con su opulencia. Es extraño, porque era precisamente lo contrario, tu casi absoluta falta de implantes, lo que les impulsaba a buscarte. En esta época de seres perfectos hechos a medida de su mediocridad, eran tus arrugas al sonreír, o tus ojos ligeramente asimétricos en la línea horizontal lo que te hacía encantadora, y les obligaba a buscarte para intentar escapar de algo que ni ellos mismos sabrían reconocer.

Todos esos tipos eran iguales, desde El Cabo a Nueva Delhi. En cada una de esas ciudades que recorrimos

juntos nos encontrábamos las mismas personas cansadas apurando una última copa a la salida del trabajo. Trajes oscuros, mirada perdida y los logotipos de la compañía luciendo en la solapa. Todos uniformes y uniformados, indistinguibles unos de otros, pero orgullosos de pertenecer a alguna de las grandes corporaciones que trazan líneas invisibles de poder bajo las que doblegar a hombres y mujeres sin intentar comprender nada de sus sueños o sus razones. Sólo eso, esclavos sumisos que quieran rozar un poco de ese oscuro poder con el que sentirse importantes, pagarse un buen seguro médico o comprarse coches de importación con los nombres de estrellas del rock muertas hace veinticinco años.

A las dos semanas de todo aquello oí tu voz en el emulador. Me decía que habías fallecido y nada ni nadie podría cambiar eso. Seguramente fuese cierto, los sistemas de detección del cese de actividad son demasiado caros para equivocarse. Estabas muerta, de una forma tan sencilla se resumía algo tan complejo, pero no sabía nada más. Quizás descubrieses algo que no te correspondía, o alguno de esos tipos cargado de drogas sintéticas se le fue la mano.

Lo único cierto es que ya no puedo estar seguro con mi nombre al lado del tuyo en el registro electrónico del hotel. Ahora me oculto en uno de los nichos que alquilan por semanas en las afueras del aeropuerto. Desde la ventana observo la delgada línea de la enorme autopista que me quiere llevar de la mano hacia las luces de la ciudad, es una danza silenciosa como una invitación a asomarme a ese trozo de paraíso que tu pudiste vislumbrar por una rendija durante el poco tiempo que tardaban en escucharte, acostarse contigo si era su noche de suerte, y hacerte regalos caros que no nos servían de nada y cambiábamos por cualquier cosa en las tiendas de los suburbios. A veces había suerte, bajaban la guardia y entre susurros de cansancio y alcohol te hablaban de sus trabajos, de los movimientos, las líneas de expansión de esos gigantes para los que trabajan. Eso valía mucho más que unos pocos billetes sucios.

Hemos construido un mundo digital que sólo logra parecer vivo cuando recibe impulsos eléctricos, y en donde único y solitario bit de información actuando en el momento preciso puede golpear o crear un nuevo gigante. Sus alianzas, vidas y muertes, dependen de un simple impulso de electricidad convulsionándose en el canal. Esa información, susurrada en alguna habitación de cualquiera de las torres de marfil que coronan la ciudad, era lo más cerca que podíamos estar de ese oscuro poder sin llegar a quemarnos. Yo era tu sabueso, me necesitabas para tasar y mover esa información por el submundo virtual borrando todos los rastros. Por eso me recogiste y confiaste en mí cuando más bajo volaba. Eras una chica lista, quizás demasiado para un mundo tan cruel.

En mis manos tengo el colgante que siempre te acompañaba, recién entregado por un niño flaco y triste de los suburbios. Un bonito diseño japonés plagado de información, sólo es necesario conectarlo a un puerto del emulador para acceder a aquello por lo que te mataron. Podría borrarlo con sólo aplastarlo en mis manos, o podría analizarlo para hurgar en sus entrañas en busca de respuestas. Aunque parezca extraño, no importa. Quienes lo hicieron pronto atarán cabos y vendrán a por mí, poco importará si sé

algo o nada, eso nunca les detuvo. Tienen casi tantas formas de matarte como de hacerte desear estar muerto.

Y, por supuesto, nada de eso podrá resucitarte...

Allison.

*Esperemos que los abogados de William Gibson sepan encontrar en sus corazones la
palabra homenaje antes que la palabra plagio...
Un abogado con corazón... Esa si sería una buena historia de ciencia ficción.*